

en Palacio y estaba á buen recaudo parapetada tras de la formidable artillería. No encontrando lo que buscaba se cebó el pueblo como en las otras casas asaltadas, en los muebles, en los cuadros, en todos los preciosos objetos que allí se encerraban y arrojándolos á la plaza, hizo con ellos una gigantesca hoguera cuyas enrojecidas llamas fueron á reflejarse en las murallas del Palacio de la plaza de Oriente.

Los que en él se albergaban habian soportado con estóica calma los insultos y atropellos realizados contra las casas de los polacos, pero al ver que la mano sacrílega del pueblo se había atrevido al santuario del ídolo de la camarilla, un arrebató de indignación dominó á la gente palaciega, la madre de la Reina reclamó venganza de tan atróz insulto, y el coronel Gándara, al frente de dos compañías, fué destacado desde Palacio para imponer el justo castigo á tan indigno atentado.

Fiel á la consigna que recibiera Gándara, se deslizó á favor del silencio de la noche seguido de sus soldados, como el tigre sediento de sangre se arrastra entre las malezas para saltar traidoramente sobre su víctima: cuando estuvo á pocos pasos de la indefensa multitud que descuidada rodeaba la hoguera, dió la voz de fuego, cuatro descargas sucesivas unieron su estampido á los rugidos de las llamas, un clamor inmenso de angustia y agonía siguió á ese horrible fragor, y la plaza poco antes henchida de una apiñada multitud, se vió á los pocos momentos despoblada de séres vivientes, pero cubierta en toda su extensión de cadáveres sangrientos y moribundos heridos que á la luz de la hoguera se arrastraban en sus postreras convulsiones.

La sombra de Murat debió sonreirse en aquellos momentos con la ironía del triunfo. Los despiadados fusilamientos del 2 de Mayo de 1808 habian quedado oscurecidos en la noche del 17 de Julio de 1854, por la traidora ferocidad de un militar español: aquel fusilamiento en masa mandado con frialdad, cumplido con ciega estupidez, coronado de un éxito completo, y realizado sobre una multitud indefensa y descuidada en el transcurso de un solo minuto, sobrepujaba á todo cuanto de más atroz hubiera podido imaginarse. Murat y Cabrera deben ceder avergonzados la preeminencia de la ferocidad al coronel don Joaquin de la Gándara, que escedió á sus más famosas proezas.

Conseguida esta victoria y no teniendo allí más que cadáveres con quien combatir, dirijóse á reproducir sus hazañas en otra parte el bravo coronel, y con este fin se encaminó con cuatro compañías hácia la calle de Cedaceros, donde entre un numeroso concurso se incendiaban también los muebles de la casa de Salamanca. Al dar vista á la hoguera mandó aquel valeroso jefe hacer fuego por mitades lo mismo que en la Plaza de los Ministerios. Esta vez no correspondió el éxito á sus buenos deseos, pues el declive de la calle, engañando el ojo de los tiradores, levantó la puntería y los daños ocasionados por las descargas fueron muy pocos: solo entre la natural confusión con que huyeron los descuidados hijos del pueblo, sorprendidos por tan brusco ataque, resultaron muchas caídas, atropellos y brazos y piernas rotas. Había entre los grupos algunos ciudadanos armados, y repuestos de su asombro respondieron á la agresión con un fuego nutrido desde las esquinas y desde los dinteles de las puertas, tra-